

ENTRE las muchas líneas de fuerza que han marcado el pensamiento contemporáneo, dos grandes sistemas han dominado, con unas trayectorias clásicas en toda forma de ideación de la vida: primero como dogmas, luego como vivero de heterodoxias a veces exasperadas —como todo lo que abre la lucha contra un dogma— y, simultáneamente, como fuentes de una reacción contraria enormemente violenta, como productoras de "anti": son el marxismo y, después, el psicoanálisis de Freud. También ha ocurrido que algunos grandes pensadores han tratado de conjuntar las dos líneas de pensamiento, de encontrar la manera de que las dos fascinaciones totalitarias (en el sentido de encontrar una explicación total de los fenómenos de la vida del hombre sobre la Tierra) pudieran realizarse en una especie de sincretismo. Algunos de estos pensadores han sido verdaderos mártires (Wilhelm Reich). Erich Fromm, clasificado como neomarxista y como neofreudiano, ha podido tener una biografía más serena. Dentro de las inquietudes de un hombre de su tiempo (Francfort, 1900); al morir ahora en Suiza casi ha agotado el siglo.

No es tan fácil, evidentemente, desprenderse de una larga tradición judía —varias generaciones de rabinos— para seguir a dos judíos relapsos, como Freud y Marx, saltar de una infancia y una juventud en un medio cerrado y piadoso a una visión del mundo totalmente distinta. Ha contado él mismo todo lo que su entereza filosófica debe a la primera guerra mundial, que vivió entre los catorce y los dieciocho años —su cronología va con la del siglo—: la entendió como "el principio de un proceso de brutalidades que continúa hasta nuestros días". Más tarde comprendería que ese principio era muy anterior y acompañaba prácticamente al hombre en toda su aventura de la vida; parece, según comunicó en su "Anatomía de la destructividad humana", que la nueva iluminación le vino leyendo al Freud de los años veinte, cuando habló del instinto fanático, o la pulsión de muerte, como fuerza equivalente, por lo menos, al instinto de vida. Cuando mucho más tarde, en los años sesenta, apareció la popular escuela de Konrad Lorenz —con Robert Ardrey, Desmond Morris, Eibl-Eibesfeldt...— en la que la guerra, el crimen y toda clase de brutalidades aparecen como un instinto filogenético, teoría que iba a tratar de convertirse en ideología, Fromm alzó una gran



ERICH FROMM la busca de una sociedad sana

JUAN ALDEBARAN

parte de su obra para demostrar lo contrario: "El que la pasión dominante sea el amor o sea la destructividad depende en gran parte de las circunstancias sociales; pero estas circunstancias operan en relación con la situación existencial biológicamente dada y las necesidades que en ella tienen su origen, y no con una psique indiferenciada, infinitamente maleable, como supone la teoría ambientalista". La forma de ayudar a mejorar las cosas, de salvarnos de la violencia y de la brutalidad, estaría en producir cambios radicales en nuestra estructura social y política, que "repondrían al hombre en su papel supremo en la sociedad". El deseo de "justicia y or-

den" (no de vida y estructura) y de un castigo más estricto de los criminales, así como la obsesión por la violencia y la destrucción entre algunos "revolucionarios" son sólo otros ejemplos de la poderosa atracción que ejerce la necrofilia en el mundo contemporáneo. Tenemos que crear las condiciones que harían del desarrollo del hombre, ser imperfecto e incompleto —único en la Naturaleza—, el objetivo supremo de todos los contratos sociales. La verdadera libertad y la independencia y el fin de todas las formas de poder explotador son las condiciones para la movilización del amor a la vida, única fuerza capaz de vencer el amor a la muerte".

Toda esta ideología había sido fortalecida por las experiencias que seguirían a la de la primera guerra mundial: el nazismo y la vida en los Estados Unidos. Fromm había roto con el judaísmo —oficialmente, a los veintiséis años—; rompió con la ortodoxia freudiana —sin abandonar por ello el psicoanálisis, el que trabaja como práctico y como profesor— y no estuvo nunca en la ortodoxia marxista. Perseguido por el nazismo de Hitler, se fue a Estados Unidos, consiguió la ciudadanía y entró como profesor en diversas ciudades americanas. Si habla conocido la violencia europea promovida por el fascismo, conocería la de la sociedad americana, competitiva y agresiva. De todo ello surgirían algunos de sus grandes libros y una afirmación de sus teorías. En "Miedo a la libertad" expondría su oposición a los explotadores y a los poseedores que se oponen a la participación interior del hombre en el trabajo como realizador de sí mismo. En "Sociedad sana" intentaba la síntesis entre Marx y Freud, apoyándose, sobre todo, en los escritos de juventud de Marx: políticamente, repetía su intento de lo que llamaba "humanismo comunitario socialista" (dirección colectiva de las empresas, sentido liberador del trabajo, supresión del conflicto capital-trabajo); en "Arte de amar" consideraba, una vez más, el instinto de vida —de amor, de sexualidad— como la única posibilidad existente de vencer el "sentido de muerte".

En resumen, su "neofreudismo" estaba basado en la idea de que todo el dolor del hombre —individual o colectivo— estaba basado en el mal funcionamiento de las relaciones sociales (a partir del mal planteamiento de las relaciones paterno-filiales); el neomarxismo —común a la escuela de Francfort, y luego a la "nueva izquierda" americana— en tomar a Marx en su punto de partida, fortaleciendo sus orígenes románticos y utópicos, disminuyendo la importancia de lo económico y aumentando las existenciales.

Con todo ello se buscaría una "sociedad sana", motivación principal de su existencia y de su trabajo. Contemplando la violencia de hoy y la decrepitud creciente de las relaciones sociales, no puede concluirse que el impacto de Fromm, a pesar de su gran popularidad, haya sido decisivo. Pero probablemente ha creado grandes resistencias intelectuales y la violencia y su análisis siguen siendo un diagnóstico claro. ■